

## BUENOS DIAS

## ¿Que se «aclaren» los de Tenerife!

UNO no sabe cómo se va a arreglar esto de la Universidad. Pienso que ni siquiera los políticos de una y otra provincia lo saben, porque la cosa se está poniendo tan enconada, que vamos a terminar por querer una «Universidad plena» para cada isla, y, si me apuran mucho, hasta para la Graciosa, que hace tiempo que desde los tagoreros de Gran Canaria la vienen «promocionando» para que, en fecha no lejana, sea igualmente «isla plena», o, lo que es lo mismo, para vestirla de largo y presentarla en sociedad. Y no es que a mí me parezca mal que cada isla, incluida esa monada de isla que es la Graciosa, tenga su Universidad plena, ¡cuidado con eso!; porque, puestos ya a fabricar parados, cuantos más se produzcan, mejor; lo que no sé, sobre lo que tengo mis dudas, es en cuanto a quién va a pagar todas esas pequeñas «Universidades plenas», cuyos títulos, a lo peor, los vamos a encontrar todos los días en las relaciones de «objetos perdidos», o de «objetos desechados».

Lo cierto es que ya el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria se ha decantado por esa Universidad plena, a cuya decantación ha seguido la del Cabildo Insular. Y lo curioso es que en ninguna de esas dos decantaciones se ha dicho: «Y para Tenerife otra!», que es lo lógico. Porque lo natural es que si nosotros hemos sido universitarios «de toda la vida», ahora, por lo menos, se nos deje en pie de igualdad. A no ser, claro, que ellos crean que nosotros somos bobos, basados en que sí lo pudieran ser, o por lo menos parecerlo, al-

gunos de nuestros representantes. Alguien me decía ayer que el presidente del Parlamento de Canarias explicaba últimamente, no sé por qué medio de comunicación, que la Universidad de La Laguna —la pobre Universidad que tenemos— se le dejó a Tenerife, por el general Primo de Rivera, como una de las compensaciones al dividir «la provincia de Canarias» y crear otra capitalidad en Gran Canaria. Y si eso fue así —que para afirmarlo o negarlo está don Marcos Guimerá—, lo lógico es que se la dejen, pero completa. Porque si en aquella época se la dejaron partida, es porque todavía no se había inventado eso de la «Universidad plena» o «Universidad total», que pocas regiones en España, por cierto, la tienen todavía, sino más bien unas Facultades regadas por aquí, otras por allá.

Por lo tanto, vamos a ver qué pasa ahora con los partidos a nivel insular, porque ya el CDS, Alianza Popular y el PSOE de aquella provincia se han manifestado en favor de una «Universidad plena» para allí, rompiendo incluso el pacto existente, ¡y qué van a decir ahora, porque tienen que aclararse, los mismos partidos en Tenerife? Me supongo que no van a ser tan «generosos» que digan «sí, plena para allá», sin añadir, a continuación: «pero plena también para Tenerife».

Y cuando estén de acuerdo en todo esto, es decir, en las dos «Universidades plenas», que nos digan también quién va a pagar «el ágape», porque conmigo que no cuentan. El que quiere lapas, que se moje las posaderas.

Florilán

## POR LA VIDA Y POR LA CALLE

## Recordar, volver a vivir

MIS recuerdos, los recuerdos de mi niñez y mi juventud, tienen un gran valor e importancia para mí. Pero, ¿los tendrán también para los demás? Pienso que acaso haya alguien que pueda hallar en ellos alguna reminiscencia con sus propios recuerdos, o la evocación de unos tiempos que significaran algo para ellos. Y hoy, sentado ante la máquina, con las manos en el teclado, se me ha ocurrido ponerme a escarbar entre los entresijos de mi memoria, a ver si encuentro algo que puede cumplir aquel objeto y procurar el efecto que busco en mis lectores.

Como cosa curiosa, lo primero que se me viene a la imaginación, extraído de lo más hondo de mis recuerdos, es el croar de las ranas en la «norja grande» del «Cercado del Marqués», y que también se oía desde la «Casa del Miedo», donde vivía yo. Y el eco de las guitarras y timplillos de «los Divinos», cuando subían por el camino de San Diego, en las noches claras de diciembre, cantando aquello de:

Dame una limosna  
si la quieres dar  
que la noche es larga  
y hay mucho que andar.

Y los juegos de las niñas de la familia, en el jardín, cuando cantaban aquello de:

Yo soy la viudita,  
del conde Laurel.

O lo otro de:

Yo tengo un castillo,  
matarile, ríle, ríle;  
yo tengo un castillo  
matarile, ríle ron.

Con el final dichoso:

Aquí tiene usted a su hija  
aquí tiene usted a su amor.  
celebremos todos juntos  
el día de la reunión... ¡pon!,  
¡pon!...

Eran unos años felices para mí  
y para todos los que, entonces,  
tuvieran mi edad.

Poco después vinieron tiempos malos. Con la guerra europea. Pero todavía la gente estaba contenta. Los huevos se vendían a ocho y diez una peseta. Las papas a dos libras (un kilo) por una fisca, que eran treinta y cinco céntimos. El pan a perra gorda. Y los periódicos a cinco céntimos.

Recuerdo que por la noche subíamos a la azotea de mi casa a ver los lomos brillantes de los submarinos surcando la bahía, en espera de algún buque inglés.

Los viajes en tranvía a La Laguna costaban una peseta. Y el alquiler de uno se podía obtener por diez duros. Una criada ganaba veinte pesetas al mes y un peón de albañil cuatro pesetas diarias.

Claro que todo esto importa poco ahora. Pero a mí me ha servido para llenar folio y medio y salir del agua, por hoy.

## DE LA ISLA Y DE LAS ISLAS

## La vieja calle de la Marina

EN «El antiguo Santa Cruz», don Francisco Martínez Viera nos lleva a la ciudad que aún tenía fragancia de campo libre, un olor que nació en nuestra pequeñez y luego olvidamos entre el fragor de su crecimiento continuo.

En Santa Cruz, que es todo un libro de recuerdos y nostalgias, volvemos a vivir años idos y siempre recordados, años que, con su prosa acertada, plasmó el que fue buen alcalde de Santa Cruz, el que desde su librería nos guiaba en el arte difícil —y por paradoja sencillo— del buen leer.

Hay en la obra un capítulo —el dedicado a la ciudad en 1880— en el que el autor evoca la antigua zona de la Marina, aquella que todos conocimos en épocas más recientes y que, ahora, ya ha perdido su antes amplísimo balcón sobre el puerto.

Dice don Francisco Martínez Viera: «La Marina luce en lo alto

su balconada: la muralla, cara al mar, sobre la roca viva, y encima de la muralla, frente al viejo cuartel, la Cruz de San Agustín, cuya razón de estar allí no hemos podido averiguar. Nada oculta la muralla, nada la desvirtúa ni la disimula. No hay construcción ninguna a su socaire que altere la primitiva traza. Toda la Marina es un mirador desde el que las gentes dialogan con el mar... Abajo, en la polvorienta carretera, sólo está el castillo de San Pedro, que disfruta de una bien ganada quietud... Entre esta fortaleza y la de San Miguel, pequeños varaderos y la playa de San Antonio, siempre alegre y concurrida».

Efectivamente, toda la Marina era un mirador sobre las playas y el puerto, aquel de muchos barcos y poca línea de atraque que, con constancia, crecía con lentitud.

Entre él y las playas, las negras gabarras carboneras con buen

festón de defensas y, frente al desembarcadero de «los platillos» —luego de la marquesina— los remolcadores, aljibes flotantes, el «tren de lanchas», las goletas de la pesca y el cabotaje y, además, la estampa gris del cañero de apostadero.

El castillo de San Pedro llegó a nuestros años niños y, al igual que las playas, dejó su puesto a la espléndida Avenida de Anaga que, con el Muelle de Ribera, dio gracia y prestancia al «waterfront» de Santa Cruz.

Arriba, en La Marina, los geométricos almacenes de la Compañía Escandinava —no ha mucho que fueron demolidos— con la gracia roja de sus tejas y siempre oliendo a madera recién cortada; luego, la casa de la familia Clavijo —años más tarde reformada y ampliada— y, más allá, el fuerte de Almeida.

Allá por 1880, en la calle de la Marina se encontraban los consulados de Inglaterra, Fran-

cia, Bélgica, Holanda y Estados Unidos. Allí estaban —aún están— varias de las consignatarias de la época del carbón, aquellas que representaban a las navieras propietarias de los «steamers» de negros penachos de humo y palas de la hélice al aire que, fondeados a la gira, rellenaban carboneras y refrescaban la aguada.

Hoy, la Marina es calle nueva pero, como siempre, está unida al puerto; es, por tanto, calle con ecos de bramidos de sirenas, estrépito de cadenas que escapan por los escobenes y, ya muy en el recuerdo, gualdrapazos de foques y velas cangrejas.

Ha muerto el amplio mirador de la calle de la Marina pero, como siempre, la no menos vieja calle que corría paralela a la «muralla», pone en Santa Cruz la evocación del puerto que fue, que es y siempre será.

Juan A. Padrón Albornoz

## En el «Día de la Iglesia diocesana»

## ¿Hacer el bien?

QUERIDO lector: Si crees que hacer el bien no está de moda no sigas leyendo. No pierdas el tiempo. Si tienes alguna esperanza, si crees que tú también puedes hacer algo positivo, aunque sea muy poco, adelante. Y gracias por lo que este modesto artículo pueda significar para tí).

\*\*\*

Ante la invitación que me hace el Sr. Ecnómico Diocesano, para que escriba unas líneas sobre el Día de la Iglesia Diocesana, me viene a la memoria una sencilla pero extraordinaria frase que leí en mi juventud y me impresionó profunda y positivamente; frase que he repetido en múltiples ocasiones y cuyo contenido encierra un completo tratado de lo que debería ser (y no solamente para los católicos) la vida de cada persona: «Haz el bien, pero hazlo bien».

\*\*\*

«Tu Iglesia te llama», escribió nuestro querido Sr. Obispo, Don Damián, en una entrañable carta- invitación para este día. Nos llama, ¿para qué? Creo que lo hace a los católicos para que aportemos nuestra colaboración, personal y económica, pero especialmente para recordarnos la misión sublime del cristiano: amor, bondad, compromiso, renuncia, entrega, solidaridad, sacrificio, humildad, unidad, obediencia, responsabilidad, ejemplaridad...

Nos llama para que, cualquiera sea nuestra circunstancia, profesión o situación en la vida, «hagamos el bien y lo hagamos bien, a todos y en todo».

¿Lo hacemos? Humanos que somos, a veces se nos hace terca y difícil, quizás por comodidad, desánimo, cobardía, miedo, inmadurez...

Además, en el mundo que nos rodea se observan grandes y preocupantes síntomas de violencia, crueldad, maldad, mediocridad, vulgaridad, insensibilidad, indiferencia, injusticia, venganza, dolor, perversión, vileza, temor, rebeldía... Con todo ello, ¿alguién puede hacer el bien y, lo más importante, hacerlo bien? Por extraño y paradójico que parezca, sí. Muchos lo hacen, católicos y no católicos.

Por ser humanos y por ello llenos de defectos, cuando Cristo, (Cristo a secas, el de siempre, el Cristo de todos; no el de «nuestra» época, el de «nuestro» grupo, el de «nuestra» conveniencia; no «el mío», el niño ni el amañado por unos o por otros), penetra profundamente en las po-

quiere calidad de excelsa la misión que se les haya encomendado, produce individualmente una gran paz interior y se hace extraordinariamente hermoso el resultado.

Por ello, muchos sí acuden (quizás deberíamos ser «cantidad» más) a aquella llamada de la Iglesia.

Y es impresionante como un gran número contestan: anónimamente, con sacrificio, a veces entregando la propia vida, con enorme alegría, en silencio, sin pregonarlo ni darle importancia ni valor a lo hecho, sin esperar recompensa, humildemente... Para unos será el «simple cumplimiento del deber»; otros, «por amor a Dios»; en todos porque son seres con profesión o dedicación normales y que nacieron, o se fueron haciendo con su propia vida, para un singular cometido: servir a los demás.

El resto de los católicos podríamos hacernos algunas preguntas y contestarnos seriamente:

¿Acudo a la llamada de la Iglesia? ¿Qué apporto y en qué colaboro?

En mi vocación, devoción, ocupación, profesión, posición, situación... ¿hago el bien? ¿En qué grado realizo el cometido que tengo que hacer? (Profesionalidad, independencia, responsabilidad, ejemplaridad, dedicación, eficacia, libertad, autenticidad, autoridad moral, actualización, justicia, ilusión,

horandez, valor, nobleza, dignidad... No el «plan» que yo me haya trazado, por mi cuenta; no lo que esté de moda en cada momento; no lo que quiera «mi grupo»; sino el que debe ser, moral y legalmente).

¿Y en qué grado lo hago bien? (Amor, entrega, hermandad, sacrificio, ayuda, respeto, solidaridad, servicio, delicadeza, comprensión, bondad, amistad, agra-

do, paciencia, alegría, estímulo... Y nada de omisiones conscientes, demagogias ni utopías).

Aunque partamos individualmente de grados muy bajos, si cada día y cada uno (ahora todos, católicos o no) aumentamos aquel inmenso caudal (el de los que todo, o casi todo, lo dan por los demás) en unas centésimas o en unas décimas acumulativas, mañana nuestro pequeño mundo será infinidad de centésimas y muchísimas décimas mejor que hoy. Y esto es lo importante. ¿Verdad, Sr. Obispo?

José Estévez Méndez

Anuncio oficial



CONSEJERIA  
DE INDUSTRIA Y ENERGIA  
GOBIERNO DE CANARIAS  
CURSO BASICO DE GESTION EMPRESARIAL  
PARA POSTGRADUADOS

Organizan:  
\* Consejería de Industria y Energía.  
\* Fondo Social Europeo.  
\* Ministerio de Trabajo y Seguridad Social

Imparten el Curso:  
\* Escuela de Organización Industrial (E.O.I.) del Ministerio de Industria y Energía

Colaboran:  
\* IMPI, SODICAN, MAFRE.  
\* Actividades Canarias de Informática Sociedad Anónima

Dirigido a:  
\* Titulados medios y superiores o en disposición de obtener el título en el presente curso escolar, menores de 25 años.

Lugar de celebración:  
\* Las Palmas de Gran Canaria

Duración:  
\* de 24-11-87 a 19-12-87

Inscripción e información:  
Hasta las 15 horas del 20 de noviembre en la Dirección General de Industria, C/. Pérez Galdós, nº 20-3º en Santa Cruz de Tenerife, Tfno. 243479, C/. Francisco Gourie, nº 65-4º en Las Palmas de Gran Canaria, Tfno. 362877.

EL DIRECTO GENERAL DE INDUSTRIA

## SERICROM

industria de serigrafía nacida  
y ubicada en Tenerife.

Realizamos estampaciones a todo  
color (cuatricromía).

SERICROM SERIGRAFIA INDUSTRIAL Y PUBLICITARIA

c/. Benavides, 12 - 14